

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

Año V

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
4, ZARANDONA, 4
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 30 DE MAYO DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 960

AVISO AL PÚBLICO

La carnicería de la calle de Verónicas núm. 7, esquina á la Aduana el domingo 17 de Mayo, quedará abierta para la venta día y noche con carne de ternera, á los siguientes precios

PRECIOS

Ternera del país, kilo con hueso, 1'60 pesetas, ó sea 7 reales 3 perras,
Molla sola á 2'65, ó sea 10 reales 3 perras.

No equivocarse, junto á la Aduana

SANTA ISABEL, 3 PRINCIPE ALFONSO, 23
CAFÉ-CERVECERIA SEGUÍ
CAFÉ EXTRA SUPERIOR Á 0'35 PESETAS TAZA
CERVEZA Á PRESION DE ACIDO CARBÓNICO DAMM Y AGUILA («—»)
FÁBRICA DE GASEOSAS
Agua de SELTZ.—Helados de varias clases todos los días.—Refrescos espumosos de FRUTAS
SERVICIO Á DOMICILIO

EN EL AYUNTAMIENTO

Término del incidente

Por fin llegó el viernes tan deseado por los que ávidos de emociones, confiaban en pasar un buen rato presenciando la sesión que ayer tarde había de celebrar el Ayuntamiento, y de la que se esperaba resultara el rompimiento de relaciones cordiales que hasta hace unos días han venido existiendo entre los concejales de los distintos partidos. Que la sesión había despertado extraordinario interés, lo demuestra la animación que se notaba una hora antes de la marcada para que empezara la misma y la enorme concurrencia que llenaba por completo la parte alta del Ayuntamiento, en el momento en que aquella comenzó. Grande era la expectación cuando hizo uso de la palabra el Sr. Danio, y mayor lo era todavía, cuando al terminar éste, comenzó á hablar el Alcalde. Pero á medida que el Sr. Rubio desarrollaba su discurso, se notaba en el público cierta desilusión, y era que se veía defraudado en sus esperanzas. La mayor parte de los asistentes creían, que dado el carácter del Alcalde, acentuaría ayer tarde sus intransigencias y que, con ellas, promovería incidentes de tal gravedad que ahondando y acrecentando las diferencias surgidas en la anterior sesión, producirían un espectáculo emocionante.

No eramos nosotros del mismo parecer y así lo consignábamos ayer en nuestro artículo de fondo. En el decíamos, que confiábamos en que el Alcalde, si había pensado en su proceder de la anterior sesión, como hombre de honor aprovecharía la primera ocasión que se le presentase para dar una satisfacción cumplida á los que tan injustamente había tratado. Y así ha sido en efecto: ayer tarde, al contestar al señor Danio, manifestó que al decir en la sesión anterior que estaba dispuesto á defender los intereses del Ayuntamiento no quiso dar á entender que los demás concejales no hicieran lo propio; que está satisfechísimo del celo de todos los concejales, que son amigos suyos muy queridos, y que si pronunció palabras en aquél día de las que pudiera deducirse alguna censura, quizá fuera debido á la impetuosidad de su carácter, pero nunca á deliberado fin de lanzar censuras que no tiene motivos para dirigir á ninguno de los señores que forman el Ayuntamiento.

Estas espontáneas declaraciones del Sr. Rubio, tan honradas como caballerosas, son bastante á satisfacer al más exigente, y aceptadas y apre-

ciadas en todo su valor por los que hasta entonces estuvieran molestos, han puesto fin al incidente.

Nosotros nos felicitamos de ello, porque de ese modo vuelve la armonía al Ayuntamiento, y con ella debe empezar un período de actividad provechosa que esperamos y deseamos en bien de nuestra querida ciudad.

Junta provincial de Instrucción pública

La sesión última

Bajo la presidencia del Gobernador interino Sr. Perea y con asistencia de los vocales señores Pausa, Sanchez y Sanchez, Serrano, Ruiz, Montesinos, Giménez Baeza, García Avilés, Baeza Pérez y el Secretario Sr. Cazaña, se reunió ayer tarde la Junta provincial de Instrucción pública, formulando los siguientes acuerdos:

Se dió lectura por el Sr. Secretario al acta de la sesión anterior siendo aprobada por unanimidad.

Igualmente se dió lectura de una instancia suscrita por los Maestros de las escuelas de Santomera, partido rural de Murcia, remitida á informe por el señor Rector, solicitando nuevos títulos administrativos con el sueldo anual de 375 pesetas, acordando la Junta nombrar ponentes en este asunto á los señores vocales Pausa, Sanchez y Sánchez y Baeza.

También á una instancia de D.ª Josefa Valero, maestra de la Albatalla, que solicita el sueldo de 625 pesetas, igual al que disfrutaban sus compañeros.

La Junta provincial acordó se curse al Rectorado.

Se dió cuenta nuevamente del expediente de D. Pedro Ortega Lara, el cual por acuerdo de la Junta, presenta su hoja de servicios y Título de la escuela que desempeña, acreditando que fue nombrado por propia voluntad del Ayuntamiento.

La Junta provincial acordó pase á informe del Sr. Inspector.

Dióse lectura de otra instancia de doña Rufina Guillamon López, maestra de niñas de Cieza, que solicita del Sr. Ministro del ramo, derecho á poder obtener escuela de ascenso, fuera de concurso, acordando la Junta que se curse al Ministro.

Se dió lectura de una comunicación del Sr. Alcalde de Lorca, manifestando haber trasladado á D.ª Francisca Mergaton, que sirve la escuela del Esparragal, en propiedad á la del Campillo, ambas con el mismo sueldo, acordando la Junta que se curse al Rectorado.

Se presentaron á la aprobación de la Junta los presupuestos de material de las escuelas públicas de la provincia informados por el Sr. Inspector.

La Junta, acordó aprobarlos de conformidad con dicho Sr. Inspector. Terminado el despacho el Sr. Pausa, eligió como medios útiles de enseñanza, el precioso libro de Amicis titulado «Corazón» y el cuadro Sineptico de García Ayala; excitando á la Junta para que sin coartar la libertad de los maestros en la adopción de libros de texto, ni oponerse á las disposiciones vigentes en la materia, se declare por la Junta el singular agrado con que vería en las escuelas un ejemplar siquiera de ambos medios.

Y no habiendo otros asuntos de que tratar se levantó la sesión.

ESTROFAS

¡Cuánto hubieran reído si sorprenden á la sencilla y elegante dama

mirando al pobre diablo con amante dulcisima mirada reveladora de intimas irreprochables ansias... ¡Qué saben de estas puras pasiones delicadas todos esos ridículos esclavos del smokin, del frac y la corbata si un figurín de modas tienen sólo por alma!

No se secó la fuente, rebosan, que revientan sus veneros... es que los puros hiles de sus aguas cruel trocá la indiferencia en hielo; es que empañó sus límpidos cristales de la perfidia el cieno. No se secó la fuente... es que mana por dentro!

La planta aquella soy que, cuando hie su tierno corazón destila azucar; cada vez que en mi alma la herida del dolor es más profunda, más dulce y abundante es el venero del puro manantial de mis ternuras.

Sobre la fina arena de la playa que orla la espuma de nevados flecos, como nítida perla que la mar arroja de su seno, desnudo ostenta una mujer hermosa su nacarado cuerpo que arrulla el oleaje, acariciando la tentadora carne con sus besos...

Mis ardorosos labios con sed de amores en la mar sumerjo... ¡no son las hondas de la mar salebre lo que me ha de quitar la sed que tengo!

VIGENTE MEDINA.

La corrida de mañana

¡A LOS TOROS!

Los dos compadres

—...Así exclamarán mañana muchos aficionados, compadre.
—Es que, con su permiso de usted, la corrida se lo merece y trae trono.
—Pus osté sacará un asiento pa' cá uno; man dicho que vienen de Alicante, Cartagena y Lorca mucha gente... y yo no voy sin el asiento...

—Bueno, compadre, eunte oste con un tablouillo...

—¡Que hembras, compadre de mi arma!

—Que mugeres, santo cielo.

—¡Pero es que le ha dao el dolor?

—Ná deso... ma cuando mucho de hace cuarenta años... aquello era alegría...

—Compadre, dejemos las cosas tristes.

¡Viva! ¡viva la juerga!

—Pus como le iba iciedo, en la corrida tendremos unas mujeres de órdago, con unas caras... unos ojos... un cuerpo... y unas...

—¡Pero arma mia, ¿no ves que naufragas?

—¡Que mantones de manila!

—Y que puedes decirlo muy arto.

—Conozco una jembra que su pañolón vale mas monea que er peso de la torre.

—Valiente empeño tendrá, compadre...

—Cuando usted lo diquele verá.

—¡Quié oste que tomemos un chato?

—¡Compadre, no sabe oste que no me gustan los perros!

—Si es un chato de amontillao, só lila.

—Dispense oste... archivo taurómico, no conocia esa palabra flamenca.

—Pus... pues... retirete...

—¡Es que no tomamos er chato

—Sí, pero eja pasar á esa hembra que tie la misma cara de la Esperanza.

—¿Da la de Sevilla?

—De aquella que te señaló en la ca-

ra la fotografia de la mano, por ser contrario á Cantaritos.

—Ahora soy amigo suyo... ayer le estreché la mano y me dijo que traía to el carbon...

—¡Qué es eso, compadre?

—Sangre toreraza... pero pá carbón mi niño Lagartijillo... no lo olvide osté... ese es una catedral... ¡cómo que es de Graná, donde está la Alambra!

—Pero en Sevilla está la Giralda... una torre m'á alta...

—No discutamos con dosplantes... yo soy cantarista.

Pus yo lagartijista... creo que... —¡Que cree usted!

—Ná... ná... mañana lo veremos.

¡¡A los toros!!

Ven á los toros, prenda adorada, para que goces y te diviertas,

porque yo quiero que allí tú luzcas esa carita tan hechicera.

Vente, que quiero que allí te admiren, que tus ojillos hermosos vean;

esos dos ojos, que á mí me matan y que de amores mi pecho llenan.

Pues sólo anhelo con ansia loca que todo el mundo te envidie y sepa lo que tú vales, por los encantos que en ese cuerpo gracioso encierras.

Allí en la plaza, no habrá mujeres que á ti se igualen en gentileza, ni otros dos ojos tan hechiceros

como los tuyos, que tanto quemán.

Ni esa preciosa boca en que guardas en vez de dientes, limpidas perlas; y donde fijas tu pie divino brotan lo mismo que en las praderas

las lindas rosas de Alejandria, los frescos lirios de la ribera, que con perfumes arrobadores aromatizan toda la tierra.

Todos los diestros que hay contratados para la fiesta que se celebra, son los mejores, los más valientes, los que más fama y renombre llevan.

Habrá ovaciones, lujo, alegría, calor, bullicio, gente y riqueza, mantillas blancas y de madroños, y pañolones de rica seda.

Por eso, hermosa, ven á los toros para que goces y te diviertas,

viendo las suertes que los maestros allí ejecutan con gran destreza.

Pues si no vienes y me desairas, aunque la plaza se encuentre llena, si no te tengo junto á mí, alegre, va á parecerme que está desierta.

Por la copia: PALITROQUITOS.

Un cuento diario

LOS DOS RETRATOS

—¿Le gustan los viejos retratos?—preguntó Clarence de Viérne.—Yo estoy loco por ellos, sobre todo por esos retratos que se encuentran en las antiguas moradas de provincia. Cuando era muchacho, sentía un placer misterioso en contemplar esos reflejos de vidas apagadas, en buscar esas miradas perdidas. El no ha borrado mucho la vivacidad de esas primeras impresiones. Cuando me sucede, en algún castillo vetusto, en alguna casa de otros siglos, descubrir un retrato expresivo, es como si todo un mundo de cosas fenecidas volviera á vivir en mi alma.

Esa disposición ha tenido alguna influencia sobre mi destino. Hay muchas cosas que no habría hecho sin ella, y no sabría bien decir si no ha determinado el principal acontecimiento de mi vida.

Para eso tengo que volver unos diez años atrás. Era soltero entonces, feliz de ser libre, y si me ocurría pensar en el matrimonio era de lejos, como se piensa en la vejez y en la muerte. Un camarada de sala de armas que se había ligado conmigo después de un duelo en el cual le había servido de padrino, me llevó á vranear á casa de su padre.

Era un castillo del tiempo de Enrique II, todavía sólido, muy vasto, bastante farto de confort, un poco húmedo y notablemente obscuro. Sólo vivía allí en verano, y sin embargo había que hacer fuego en cuanto el tiempo se cubría. Bosques rozagantes y casi vírgenes, un pueblo lleno de manantiales, fuentes, riachos, estanques, finas colinas sobre las cuales flotaba el pólen, compensaban

los inconvenientes de la antigua morada

Pero sobre todo, dos jóvenes hadas ponían allí sus encantos. Eran las hermanas de mi amigo, dos jóvenes de pelo negro, más diferentes entre sí, á pesar de la identidad de complexión, que la clara hija del cisne y la tenebrosa Perséfone. En esa soledad su seducción era infinita. No sé cual de las dos era más encantadora; sentía al lado de ellas una embriaguez que no era amor, pero que se le parecía completamente. Y allí, por primera vez, pensé en el casamiento. ¿Pero cuál elegir? La una, la mayor, me gustaba más en las horas en que el crepúsculo levanta su teatro inmenso sobre las nubes, en las horas de lluvia, en las horas de tormenta. Se llamaba Clotilde y era la más obscura de esas dos maravillas. Tenía la cabellera más pesada; sus ojos lanzaban llama más profunda. La otra, Irene, mostraba una tez tan clara y diáfana como la tez de las perlas, y sobre su rostro pasaban impresiones tan rápidas, que parecían continuamente transformarse en un nuevo ser.

Pasaron las semanas. Se me detenía; yo estaba sin fuerza contra el encanto que me encantó, que me encadenaba á la voz, á las risas, al andar de esas hermosas jóvenes. La idea de un casamiento tomaba consistencia, pero cada vez más crecía la dificultad de la elección.

Una mañana lluviosa había ido á la biblioteca, donde me gustaba ojear libros de los siglos XVI y XVII. Distraído me perdí en los vastos corredores del castillo; acabé por encontrarme muy lejos de la sala de lectura. Una puerta medio carcomida, que empujé en el fondo de un corredor, se abrió gimicando, y me encontré en una pieza bastante vasta donde ví dos retratos que me llenaron de estupor. Eran, en marcos de dos siglos, los retratos de mis dos hadas, de extraordinaria semejanza. Solamente que tenían por lo menos medio siglo cada una, el cabello cano, las sienes surcadas de finas arrugas como rajaduras de porcelana, los ojos pálidos y melancólicos.

Pero ¡cuán distinta fué la impresión que me hicieron! A pesar de la vejez, Clotilde conservaba armonía, una gracia, un encanto tal, que hubiese todavía podido hacer latir deliciosamente mi corazón, como si la hubiese encontrado por uno de esos crepúsculos de verano que sentaban tan bien á su joven vejez... Irene, por su parte se había vuelto espantosamente descolorida, árida, una especie de lamentable desierto humano! Me quedé una buena media hora á contemplar á Clotilde, que en 1697 se llamaba Enguerrand D'Orcierres, después me fui á leer una vieja edición de Pascal en la biblioteca.

Cuando volví á ver á las dos hermanas prosiguió Clarence, supe hasta qué punto las antiguas pinturas habían hablado á mi corazón. Irene, que la vispera me parecía exactamente tan seductora como Clotilde, no se encontró ya sino como una fina y tierna criatura, mientras que su hermana se convertía en la misma Belleza, esta especie de mundo al lado de otro mundo, que es la mujer amada. Después de algunos días, la idea de que podría ser condenado á vivir lejos de ella me llenaba de espanto. Pero al mismo tiempo estaba agobiado por el sentimiento de mi inferioridad; me parecía casi criminal atreverme á amar á esa divina criatura. No me atrevía mucho á hablarle; tenía positivamente la impresión de «volverme feo» en su presencia, así como me volvía estúpido y terco.

Y solo volvía á encontrar un poco de calma, de bienestar y de confianza cuando me refugiaba al lado del retrato, lo que ocurría por lo menos tres ó cuatro veces al día. Fueron además esas vistas al cuarto abandonado las que trajeron el desenlace de mi aventura. M. D'Orcierres, que tenía su escritorio en mi trayecto; acabó por advertir mi peregrinación. Una noche que estábamos tomando aire en la terraza Clotilde, él y yo, mientras que mi amigo é Irene se ocupaban en la sala en descifrar una pieza de Grieg, el anciano gentil-hombre se puso á decirme con una sonrisa amable:

—Me parece, querido huésped que usted ha descubierto un tesoro en nuestro antiguo castillo... Le ven de mañana y de noche andar por los corredores con el aspecto de uno de esos brujos que trazan círculos sobre la Arena...

Estábamos en la sombra. Apenas si la lámpara lejana de la sala y las estrellas de verano nos brindaban débil luz láctea. Un poco de atrevimiento penetró en mi alma, y murmuré con un pequeño temblor:

—Es cierto, he descubierto un tesoro... y no puedo cansarme de mirarlo.

Vacíle en continuar; el rostro de Clotilde se había dirigido hacia mí. El corazón me latía tan fuerte que me parecía que debía oírle.

